

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Cuando vivir se vuelve producir: la experiencia subjetiva del tiempo en la racionalidad neoliberal y el derecho a lo improductivo

Modalidad de presentación: Ensayo

Autor: Bur, Franco

Legajo: B-5868/8

DNI: 41907466

Docente responsable: Dr. Fina, Iván

2026

Índice

Resumen 3
Introducción 4
Neoliberalismo y subjetividad 6
(Im)productividad y tiempo 11
Crear o producir: arte o mercancía 12
¿El único juego posible? 15
Aprender otro juego 17
Referencias bibliográficas 21

Resumen

El presente ensayo analiza las formas de subjetivación producidas por la racionalidad neoliberal, haciendo énfasis en cómo el imperativo de productividad y rendimiento configura una determinada experiencia subjetiva del tiempo que lleva a desvalorizar las actividades que no producen un rédito económico. Se examina cómo este discurso incide en la valoración del ocio, el arte y el tiempo libre, con el propósito de reflexionar sobre posibles formas de resistencia. Para ello, se recuperan aportes teóricos provenientes de la filosofía, el psicoanálisis y las ciencias sociales, junto con publicaciones en redes sociales entendidas como expresiones de esta racionalidad. Así, se caracteriza al neoliberalismo como una racionalidad que excede el plano económico, analizando la producción de subjetividades y la gestión del tiempo como capital, problematizando sus efectos sobre las prácticas culturales y recuperando aportes que permitan pensar alternativas. Finalmente, se concluye que la racionalidad neoliberal configura una experiencia subjetiva marcada por la autoexigencia y la búsqueda permanente de rendimiento, lo que obtura el espacio para actividades desprovistas de finalidad productiva. En este sentido, la creación, el sostenimiento y la defensa de espacios de juego, ocio y arte constituyen una vía de cuestionamiento y resistencia.

Palabras clave: neoliberalismo, subjetividad, productividad, tiempo, ocio.

Introducción

Asistimos a un momento histórico signado por el imperativo de la productividad, el rendimiento y la auto-exigencia, mandatos que se encarnan y producen la figura denominada empresario de sí. Resulta difícil hallar en nuestras vidas un espacio que permanezca completamente ajeno a estas exigencias. Una de las expresiones más significativas de esta lógica puede advertirse en el modo en que concebimos y administramos el tiempo. Hablamos del tiempo como un recurso –más aún, como un capital– que se puede perder, ganar, acumular, invertir, aprovechar o desperdiciar. Así, al igual que un recurso cualquiera, el tiempo puede y debe ser administrado con la mayor eficiencia posible, pues presenta un carácter finito y limitado. En este sentido, la percepción subjetiva de una escasez de tiempo, de que este falta o no alcanza, deja de aparecer como una circunstancia excepcional para establecerse como una vivencia habitual. Esta vivencia se establece como un marco desde el cual organizamos nuestra cotidianidad, intentando exprimir y optimizar al máximo cada minuto que dedicamos a las actividades cotidianas.

Esta administración del tiempo conlleva una modificación en la concepción que tenemos sobre el tiempo libre, que también es tomado bajo esta lógica, bajo el imperativo de mantenernos activos y productivos permanentemente, en pos de un mayor aprovechamiento de este recurso. De este modo, el descanso, el entretenimiento, la creación artística e incluso los vínculos personales se encuentran cada vez más expuestos a criterios de utilidad y rendimiento. La inactividad y el tiempo catalogado como improductivo son mirados de reojo, el descanso requiere justificaciones, el tiempo de sueño amerita controles y seguimientos. Por lo tanto, lejos de ser un espacio sustraído de las obligaciones cotidianas, el tiempo libre aparece como una oportunidad para “hacer algo productivo”. En consecuencia, actividades que anteriormente representaban un fin en sí mismas, como el ocio, la recreación, el arte o la cultura, ahora son evaluadas de acuerdo a criterios de productividad, eficiencia o rentabilidad que, anteriormente, les eran ajenos.

El propósito de este ensayo es analizar las formas de subjetivación que produce esta racionalidad centrada en el imperativo de la exigencia y el rendimiento, lo que ubica a la productividad como un valor incuestionable y al tiempo como un recurso a explotar y optimizar. Para ello, se acudirá tanto a conceptos teóricos como a publicaciones difundidas en redes sociales por parte de referentes que expresan y difunden estos imperativos de productividad y autoexigencia. Esto con el fin de cuestionar la problemática que dicha exigencia supone y

explorar posibles vías desde las cuales pensar una relación diferente con el tiempo, el ocio y la presunta improductividad.

Neoliberalismo y subjetividad

Hablar de las diversas formas de estar en el mundo, de concebirnos a nosotros mismos y a los demás, de hacer uso del tiempo de una forma u otra, implica pensar el contexto y el momento histórico y social en el cual esto acontece. Podemos pensar este contexto como orientado bajo las coordenadas del neoliberalismo. Inevitablemente, la utilización de este término requiere su definición, algo que es objeto de debate entre múltiples autores, por las diferentes aristas que el mismo implica.

Es posible pensar al neoliberalismo como la implementación de políticas basadas en la desregulación económica, la privatización, la defensa del libre mercado y la restricción de la emisión monetaria. No obstante, no se reduce únicamente a una política económica, sino también a un modo de subjetivación. Jorge Alemán (2016) define a la subjetivación como la manera en que un sujeto se concibe a sí mismo, organizando un sistema de representaciones y relaciones con otros. Así, la subjetividad es un conjunto de conductas, mandatos, deberes, percepciones de la realidad, construcciones éticas y estéticas, cuyo orden de determinación puede ser imperceptible para el individuo. De acuerdo con Ezequiel Nepomiachi y Martina Sosa (2015), la figura del empresario de sí es la forma dominante en la cual los individuos se reconocen y se constituyen a sí mismos como sujetos. Por lo tanto, el neoliberalismo no implica sólo una doctrina ideológica y una política económica, sino también un proyecto de sociedad y de ser humano. Al decir de Margaret Thatcher (1981), figura destacada en lo que a neoliberalismo refiere, “la economía es el método, el objetivo es cambiar el corazón y el alma” (párr. 50).

A su vez, Byung-Chul Han (2014) plantea que en la lógica de este empresario de sí mismo, cada individuo es responsable de la forma en que se desarrolle su vida. Debe hacerse cargo de su desarrollo personal y económico, lo que rompe con la concepción marxista de la explotación del esclavo por parte del amo, pues ahora amo y esclavo coinciden en la misma figura. Curioso resulta que esta convergencia entre amo y esclavo en la misma persona, es decir el reemplazo de una coacción externa por una interna, sea experimentado como una sensación de libertad, como señala Han (2014). Como resultado de esto, el sujeto neoliberal, dueño y controlador de sí mismo, está en búsqueda permanente de diferenciarse de aquellos que no adoptan proactivamente estos mandatos, etiquetándolos con los términos de “ovejas” o “plebeyos”. De este modo, el neoliberalismo lleva al sujeto a asumir como propias las disfuncionalidades estructurales del sistema, que conllevan dificultades para acceder a trabajo, vivienda y condiciones de vida dignas. Sin embargo, aquí radica la peculiaridad de esta

racionalidad, pues tanto Han (2014) como Alemán (2016) la definen como un poder amable y seductor. No se trata de un poder represivo y violento, sino de uno amable y permisivo, que se ofrece y es vivenciado como libertad, lo que lo vuelve imperceptible para el sujeto que adopta ciertos mandatos externos de tal modo que parecen –más aún, ahora son– suyos.

Esta forma de subjetivación neoliberal se diferencia de la conceptualizada por Sigmund Freud en “El malestar en la cultura” (1992), pues planteaba que la vida en sociedad era posibilitada gracias a una renuncia de la satisfacción pulsional en pos de la convivencia. Tal renuncia conllevaba cierto malestar, pero este era tolerado gracias al reconocimiento de que era la vida en sociedad, con otros, la que permitía la supervivencia. En cambio, Jacques-Alain Miller (2005) sostiene que la civilización contemporánea se caracteriza por la declinación de la función paterna. Esto marca una transición de la época del Otro, comandada por el Nombre del Padre y el discurso del amo, es decir, por las instancias simbólicas y normativas estructurantes del lazo social y de la subjetividad, hacia otra época en la que este Otro no opera de la misma manera. En este sentido, Jacques Lacan (1993) plantea el surgimiento del discurso capitalista, el cual organiza una nueva forma de estructurar la subjetividad y el lazo social. A su vez, modifica la concepción freudiana del superyó, entendida como la instancia moral, reguladora, de la Ley, con su carácter severo y muchas veces cruel. Así, sostiene que el superyó contemporáneo mantiene su distintivo carácter de imperativo categórico, en el sentido de una obligación que no permite elección ni alternativa, pero que ahora es un imperativo de goce capitalista. Ya no se trataría de un superyó definido por la prohibición, la censura, el deber o la culpabilidad, sino por el empuje a gozar, a buscar incesantemente la satisfacción, el éxito.

Esta lógica de autogestión, optimización y responsabilidad personal e individual ha tomado una gran importancia en los adolescentes y adultos jóvenes de nuestro país en la actualidad. Un posible motivo para tal hecho es la irrupción pública de nuevas figuras en redes sociales, con una considerable capacidad de influencia debido a sus decenas de miles de seguidores, quienes los consideran referentes en cuanto a desarrollo personal, motivo por el cual intentan seguir la pretendida receta del éxito que estas figuras venden. Cabe destacar que este éxito jamás está ligado a la maestría en algún área de conocimiento, al talento en la ejecución de alguna disciplina o deporte, sino que siempre es medido en términos económicos. La diferencia entre el éxito y el fracaso es el dinero. Quien tiene, o dice tener, dinero es ubicado en una posición cercana a la de un gurú. Esta posición no es considerada producto de otra cosa más que del esfuerzo individual, que deja de lado toda consideración de factores políticos y económicos que puedan incidir en las condiciones concretas de existencia de cada sujeto.

Así, tales referentes, mayoritariamente hombres, adultos jóvenes, que muestran los frutos de su esfuerzo materializado en mansiones, autos y relojes de lujo, brindan a sus seguidores la clave de su éxito (Cardozo, 2025). Por supuesto, no de forma gratuita, sino bajo la modalidad de cursos y las llamadas mentorías personalizadas. Es en este punto donde el discurso capitalista, con su impulso y exigencia de goce, ofrece al dinero como un fin en sí mismo. Desprendido de cualquier finalidad exterior a sí mismo, ya no aparece como un medio que vale por lo que posibilita, sino como un objeto que promete una satisfacción total. No aparece como el camino hacia la felicidad, sino la felicidad misma.

Esta receta del éxito compartida o, mejor dicho, vendida a sus seguidores, coincide punto por punto con la lógica neoliberal. Se trata de pensar al individuo bajo la figura del self-made-man, término acuñado por el senador estadounidense Henry Clay en 1832. Este término, el hombre hecho a sí mismo, implica la consideración, previamente nombrada, de que los actos y decisiones individuales son la única vía hacia el éxito o el fracaso (Lladós, 2026). Esto exime del análisis a todo factor histórico, social y cultural que pueda hacer mella en nuestra subjetividad, pues se trata de un hombre hecho y determinado por nadie más que sí mismo. En este sentido, Von Mises (1968), uno de los más destacados referentes neoliberales, ubica a la desigualdad como el motor del capitalismo: es rico quien ha sabido escuchar y actuar al servicio de los consumidores. De tal concepción se desprende su consecuencia lógica: quien no genera dinero es quien no ha sabido esforzarse ni escuchar a la gente que ha logrado buenos resultados económicos. (Lladós, 2024)

Sabe escuchar y actuar quien ha invertido en sí mismo, lo que se vincula también con la Teoría del Capital Humano, planteada por Theodore Schultz (1959) y Gary Becker (1993). Esta teoría extiende el concepto de capital más allá del capital económico, señalando la importancia de la formación, los cursos de entrenamiento y la asistencia a conferencias sobre puntualidad y honestidad. De esta definición destacan dos aspectos: por un lado, el interés de los autores en señalar que los gastos que estas actividades implican no deben ser vistos como consumo, sino como inversión (Lladós, 2026). Esta cuestión no es ajena a los gurúes de desarrollo personal, quienes podría decirse que no incitan a otros a comprar los cursos que venden, sino que son guías que ayudan a los demás a incrementar su capital humano, invirtiendo en estos cursos. Por otro lado, resalta el hecho de que, habiendo definido el contexto de nuestro país como signado por la lógica neoliberal, uno de los ministerios nacionales lleve el nombre de Ministerio de Capital Humano.

De este modo, quedan claros los lineamientos neoliberales: auto-exigencia, máxima optimización e inversión para el rendimiento personal, responsabilidad individual pura, empuje

al goce, exigencia de éxito y satisfacción constante. Bajo estos imperativos es como se produce la subjetividad neoliberal que adopta dichos mandatos y los incorpora como propios.

Esta incorporación se produce a un punto tal que hace posible pensar el modo de estructuración de lo que Lacan llamó el fantasma. Nepomiachi y Sosa (2015) indican que se trata de una defensa frente a la angustia, funciona como un guión que determina el marco mismo de la realidad en la que viven los sujetos. Sin embargo, es imprescindible ubicar aquí la caracterización que hace Miller (2012) del fantasma como un acordeón, que se expande al punto tal de cubrir toda la vida del sujeto, pero que puede contraerse y ser la cosa más oculta y atómica del mundo. Resurge en este punto el carácter amable y seductor de los mandatos neoliberales, lo que les permite permutar una coerción externa por una interna. En palabras de Byung-Chul Han (2014) el poder está allí donde no es tematizado, cuanto mayor es, más silenciosamente actúa. De acuerdo con Nepomiachi y Sosa (2015), este fantasma oficia como un marco para construir la realidad, como unos lentes a partir de los cuales la observamos. Ahora bien, estos lentes, más que colocados sobre nuestros ojos, están incrustados en nosotros. Es así que la eficacia de la ideología neoliberal radica en presentarse como la interpretación más inmediata y evidente de una situación. No como un pensamiento en el que creemos conscientemente, o una posición intelectual que sostenemos luego de un análisis reflexivo, sino como la lectura inmediata previa a cualquier reflexión.

Por ello, es posible pensar este fantasma a partir de una frase, un axioma que lo caracterice, que permita identificar el paradigma del sujeto neoliberal. Abundan ejemplos que encontramos en la cotidianidad, en cualquier exploración superficial en redes sociales, en conversaciones con otros o en esa idea primera que irrumpe en nuestra consciencia a modo de un cuerpo extraño cuyo origen puede resultarnos desconocido. *Querer es poder*; *El límite está en tu mente*; *Cada uno es arquitecto de su propio destino*; *El que quiere, puede*; *Nada es imposible para quien se esfuerza*. De este modo, la lectura de la realidad que hará el sujeto neoliberal es que todos los factores de su existencia, ya sean el éxito material, hacia el cual está empujado, o el fracaso, al cual teme y aborrece, dependerán de la voluntad individual. Esta lectura no se limita sólo al ámbito personal e individual, sino que se extiende a la realidad social, trazando un límite que separa a las subjetividades normales y deseables de las anormales e indeseables. Así, el sujeto en todo momento se esfuerza por deslindarse de aquellos que no triunfan, que no son productivos, que no pueden porque, se supone, no quieren. Estas subjetividades improductivas son aborrecidas, odiadas, pero este odio posee un efecto boomerang, puesto que cada cual siente la amenaza de algún día volverse ineficaz e inútil. Por lo tanto, el odio hacia el otro improductivo aparece como un intento de taponar el

miedo que produce el riesgo permanente, es decir, el miedo a fracasar y también convertirse en un desecho. (Nepomiachi y Sosa, 2015).

Esto lleva a Alemán (2016), Nepomiachi y Sosa (2015) a sostener que la figura del empresario de sí se trataría de una forma de subjetivación sin la experiencia de la castración que rechaza el inconsciente y cancela lo imposible. Se trata de una subjetivación que pretende rechazar la angustia, la cual es pensada como un trastorno o disfuncionamiento que, en tanto interfiere con la exigencia permanente de rendimiento, debe ser suprimida. Ahora bien, en este punto resalta el hecho de que este nuevo modo de pensar al superyó, que no prohíbe, censura ni culpabiliza, sino que empuja a gozar, en realidad sí lo hace. Tal como sostienen Laval y Dardot (2013), la figura del empresario de sí tiene dos rostros: el rostro triunfante, del éxito desvergonzado; y el rostro deprimido, del fracaso, de la vergüenza y la depresión como el reverso del rendimiento exitoso bajo el imperativo del goce. Así, se trata de un superyó que lo único que prohíbe es el hacer nada, que lo único que reprende es el ser improductivo, que no culpabiliza por ir tras determinada satisfacción, sino por no ir tras ella.

(Im)productividad y tiempo

Si hay un aspecto de nuestra existencia donde la exigencia de rendimiento más nos golpea, donde el superyó nos martiriza con una culpa acorde al cometimiento de un crimen, es en cuanto al tiempo. El tiempo es un recurso, no por nada la afamada frase: “el tiempo es oro”. Como todo recurso, debe administrarse.

Relojes inteligentes que registran calorías quemadas, pasos realizados, frecuencia cardíaca, horas y calidad del sueño. Alarmas que se configuran automáticamente a partir de calcular los ritmos circadianos del sueño y que al sonar activan un acertijo o rompecabezas que es necesario resolver para poder desactivarla, garantizando el cumplimiento de su función. Aplicaciones que entregan un pormenorizado del tiempo en pantalla cada día. Métodos de estudio y de trabajo testeados científicamente para alcanzar el mayor rendimiento con el menor descanso posible. Nuestro tiempo es parte de una estadística, de la retroalimentación que nos brinda una aplicación al sugerirnos un descanso luego de usarla demasiado tiempo. ¿El descanso es para descansar de la aplicación, o para descansar del descanso mismo, es decir, dejar de descansar? El tiempo es blanco de optimizaciones, de estudios que buscan comprobar cuántas horas de sueño necesitamos para ser funcionales. Ya no dormimos para descansar, sino para rendir mejor. La actividad física no aparece como un disfrute en sí mismo, como la realización de un deporte con otros, que permite un grado de satisfacción al alcanzar logros y objetivos y al compartir una actividad con otros. Escuchamos hablar de frecuencia cardíaca, flujo sanguíneo, oxigenación cerebral, dopamina, serotonina, endorfinas que se relacionan con el rendimiento cognitivo.

Así, tal como situábamos el amo y el esclavo en la misma persona, la presencia de esta coacción interna hace que sea el propio sujeto quien monitorea su tiempo, sus horas de sueño, su alimentación y su actividad física en pos de su productividad. Se trata de una auto-vigilancia a partir de métricas y estadísticas. Esto no es ajeno a las recomendaciones de los referentes de redes sociales, quienes enfatizan la importancia de controlar las horas asignadas a actividades como el descanso. El cálculo es sencillo: menos horas de sueño, más horas de trabajo. (Cardozo, 2024)

Entonces, si vivimos bajo el imperativo de exigirnos y buscar el máximo rendimiento, en pos de alcanzar el éxito que siempre se identifica con el crecimiento económico, y para ello debemos optimizar al máximo nuestro tiempo, ¿qué ocurre con aquellas actividades que no producen rédito económico? Más aún, con aquellas que no sólo no contribuyen a aumentar

nuestros ingresos, sino que, por el contrario, significan un aumento en nuestros gastos. ¿Qué ocurre con el arte, las actividades culturales y recreativas, el ocio en sí mismo?

Han (2023) sostiene que, al percibir la vida en términos de trabajo y rendimiento, la inactividad (más bien, la actividad improductiva en términos económicos) es un déficit que debe ser corregido. Pero esta inactividad tiene su propia lógica, su propio esplendor e, incluso, su propia magia; no es una forma de debilidad, sino una forma de intensidad que no es reconocida como tal. Han (2023) indica que hablamos de “tiempo libre” en tanto es útil para descansar del trabajo, pero es esto lo que hace desaparecer el tiempo realmente libre, que no pertenece al orden del trabajo y la producción. El autor indica que hemos dejado de lado el tiempo de reposo sagrado, el tiempo festivo que reúne intensidad vital y contemplación. Por lo tanto, el tiempo libre no es un tiempo realmente libre, vivo, sino un tiempo muerto. Así, plantea que hemos olvidado que la inactividad, la actividad que no produce nada, constituye una forma intensa y esplendorosa de la vida.

Esto amerita reflexionar acerca del lugar que dichas inactividades tienen en nuestras vidas y en nuestra subjetividad. Podemos ubicar una serie de distintas actividades que se enmarcan bajo el rótulo de la improductividad: dedicar tiempo a seguir un equipo de fútbol, componer canciones y poemas, leer literatura no relacionada a un contexto académico, pintar o dibujar, practicar un deporte de modo amateur, ver televisión, jugar videojuegos. Por supuesto, tales actividades improductivas son advertidas por los gurúes del desarrollo personal, quienes hacen énfasis en la importancia de eliminar todas estas “distracciones” para evitar perder el tiempo y, por ende, alejarse del éxito. (Lladós, 2026). De esta manera, nos vemos llevados a acotar el tiempo que dedicamos a las actividades enmarcadas bajo el título de improductivas, para asignarle a la actividad productiva una mayor cantidad de este recurso escaso y finito. Ahora bien, dentro de la extensa variedad de actividades que no implican una ganancia en sentido material o económico, es de particular interés para este ensayo ahondar en la actividad artística y, en particular, el arte musical.

Crear o producir: arte o mercancía

En el año 2001, en un conversatorio con estudiantes de música contemporánea, Luis Alberto Spinetta señaló que el arte no tiene más que al aire como público objetivo (Canal Pablo Green, 2015, 8m41s). No importa qué piense un oyente o un espectador de la creación realizada, lo importante es el valor que representa esa obra para el artista, mucho más allá de lo económico. En “Barro tal vez” (1982) Spinetta hablaba de la necesidad de expresar. Para

él, no expresar mediante su arte lo acercaba a la muerte. Su composición da cuenta de una necesidad pujante de expresar, de gritar mediante su música, así no se tuviera más que a sí mismo como oyente. Es posible ubicar la concepción de Freud (1991) respecto al don del artista como aquel que puede encontrar una satisfacción sustitutiva a través de la creación artística. En El malestar en la cultura (1992), Freud planteaba una función social de la sublimación de las pulsiones, como un rasgo destacado del desarrollo cultural. A su vez, definía al artista como aquel que puede adentrarse en su vida de fantasía y atender a todos aquellos deseos a cuya satisfacción debemos renunciar por exigencia de la cultura. Pero, lo particular del artista es su capacidad para encontrar un camino de regreso desde esa fantasía hasta la realidad, plasmando esas fantasías en creaciones valoradas por la humanidad. Esto es puesto en palabras por Spinetta, que en los versos de su canción nos habla sobre dicha capacidad:

Si no canto lo que siento
Me voy a morir por dentro
He de gritarle a los vientos hasta reventar
Aunque solo quede tiempo en mi lugar
Si quiero me toco el alma
Pues mi carne ya no es nada

(Spinetta, 1982)

Así, el arte, la creación artística, aparece como una actividad que posee un valor en sí misma. El arte permite expresar, posibilita hacer algo sin otra finalidad más que la de hacerlo y disfrutarlo en el proceso, nos vincula con otros, crea la posibilidad de un vínculo entre dos o más personas que quizás nunca se conozcan, permite a algunos ponerle palabras al dolor de otros, nombrar aquello que permanecía innombrable, reconociendo en una voz ajena algo que creían únicamente propio, encontrando compañía allí donde no había sino soledad.

Ahora bien, pese a la importancia y la necesariedad que podamos reconocerle al arte, sus productos no son económicamente cuantificables. En un contexto en el cual algo vale exclusivamente en términos económicos, el arte es puesto en cuestión, es criticado el tiempo que se le adjudica, pues resulta un tiempo improductivo de acuerdo a la lógica neoliberal. Podemos pensar dos consecuencias posibles de esto: la reducción y clausura de los espacios y tiempos dedicados a la actividad artística, y la transformación del arte en mercancía.

La primera consecuencia atenta contra nuestra existencia misma, pues, al decir de Han (2023) la finalidad de los esfuerzos humanos debiera ser la inactividad. El autor señala que, si se nos pierde la inactividad en cuanto capacidad, nos pareceremos a una máquina que sólo debe funcionar, por lo que destaca el valor que poseen lo improductivo, lo desmedido, las formas y gestos bellos que no tienen utilidad y que no sirven para nada. En este punto, Han

coincide con Spinetta (2015), en su concepción de arte dirigido al aire, pero con un valor esencial en términos humanos, puesto que considera que la verdadera vida comienza en el momento en que termina la preocupación por la supervivencia. Sin embargo, tampoco hemos de desconocer la importancia fundamental del arte también para la supervivencia misma. Freud toma a Heinrich Heine, quien nos habla de la posibilidad de elaboración brindada por la creación:

Enfermo estaba; y ese fue
de la creación el motivo:
creando convalecí,
y en ese esfuerzo sané

(Heine, como se citó en Freud, 1992, p. 82)

De este modo, la creación artística, con su capacidad sublimatoria, también está ligada a la supervivencia más allá de lo material. En su Seminario 23, Lacan (2006) realizó una lectura sobre la obra de James Joyce, un aclamado escritor irlandés, cuyo modo de escritura resultaba enigmático debido a su singularidad y complejidad al momento de comprender el sentido de lo escrito. El análisis que realiza Lacan le permitió sostener que la obra, la escritura de Joyce, habría funcionado como un cuarto elemento que le permitió anudar los registros real, simbólico e imaginario. Esto le serviría al autor para suplir una cuestión estructural, como es la no inscripción del significante primordial, y así no padecer el desencadenamiento de una psicosis. En este sentido, el arte iría más allá de la sublimación y pasaría a tener también una función de sostén subjetivo. En este punto surge un interrogante: ¿qué pasaría con Joyce en un contexto que menosprecia y desvaloriza el tiempo dedicado al arte que no es vendible? ¿qué sería de Joyce si en lugar de escribir, de crear artísticamente, hubiera sido empujado a invertir su tiempo en algo “útil”?

Respecto a la segunda consecuencia de cuestionar el tiempo improductivo-artístico, podemos ubicar a la mercantilización del arte. Esta mercantilización funciona como un justificativo para el tiempo que se le dedica, pues si la problemática radica en que la creación artística no produce ingresos económicos, la solución consistiría en hacer del arte un bien comercial. Si tomamos como ejemplo al arte musical, observamos cómo se produce en él un descentramiento, pues deja de aparecer como un fin en sí mismo, gracias a las posibilidades que brinda, para ser considerado un medio. Paula Sibilia (2008) sostiene que aquí la creatividad pasa a funcionar como un combustible del capital, por lo que los productos artísticos y culturales ya no son creaciones, sino objetos, medios con los cuales llegar a un fin, que es la obtención de dinero. De esta manera, asistimos a una explosión de la creatividad, la cual es tomada por los tentáculos del mercado, que la capturan y la instrumentalizan,

poniéndola al servicio del capital, al servicio de un mercado devorador, que convierte todo en un objeto consumible y descartable. Desde el punto de vista de Han (2023) esto degrada la creación artística en sí, pues es empujada por la obligación de crear. En lugar de fuerzas represivas que impidan la expresión, encontramos fuerzas que nos empujan a expresarnos, lo cual conduce a una reproducción estereotipada y repetitiva de lo igual. Cuando el deseo y la necesidad de crear son colonizados por la obligación de producir, la obra artística se degrada a bien de consumo. No por nada ya no hablamos de escuchar música, sino de consumirla; no hablamos de obras o creaciones, sino de contenidos.

¿El único juego posible?

Nos encontramos aquí en una encrucijada: por un lado, tenemos el valor social, cultural y subjetivo del arte como aquel tiempo de creación que posibilita la comunión con otros, que propicia espacios para alojar y sostener la subjetividad y que hace posible la expresión. Pero, por otro lado, podemos ubicar la problemática que significa el arte así entendido, en tanto no posee un valor puramente económico, en un contexto en que este valor es el único reconocido socialmente por sobre los demás. Ante esta situación, se evidencia la necesidad de pensar acerca de las condiciones de posibilidad para la habilitación de espacios y tiempos de creación, descanso y contemplación que no estén regidos por la lógica neoliberal.

Pero surgen aquí otras dificultades. En primer lugar, el mencionado impulso al goce económico, propio del discurso capitalista, lo cual conduce a la estructuración de un fantasma que nos brinda una lectura de la realidad en términos del neoliberalismo. De este modo, tal como se mencionó, esta forma de interpretar la realidad determina la aparición de ideas, pensamientos y afectos ante diversas situaciones. Una de estas situaciones es la improductividad, quizás la más castigada, por lo que el sujeto constituido en tiempos de neoliberalismo, reconoce él mismo su actividad como improductiva. Lacan (1993) nos hablaba de un superyó severo que incitaba al goce, e identificamos ese goce como un empuje al éxito económico. Así, nos sentimos culpables y apesadumbrados ante la inactividad. Nos sentimos culpables por descansar, por aplazar la alarma ante nuestro organismo pidiendo más descanso, por dedicar a lo productivo menos horas de lo planificado por estar agotados, por haber tenido que asignar más tiempo de lo esperado a otra tarea, o por algo tan básico y fundamental como por haber ocupado esas horas en seguir a nuestro equipo de fútbol. Por lo tanto, la dificultad radica en el valor que adjudicamos a nuestra inactividad y el afecto que

sentimos ante ella, lo cual nos lleva a intentar reducir y optimizar estos espacios de tiempo muerto, tendiendo hacia el ideal inalcanzable de erradicarlos por completo.

La segunda dificultad yace en una característica estructural propia del sistema capitalista. Mark Fisher (2018) nos advierte respecto de la habilidad infinitamente plástica, metabólica y absorbente del capitalismo. Gracias a ella, puede devorar y asignar valor monetario a todos los objetos culturales, independientemente de su ideología, de su origen, de la finalidad con que haya sido creado. Ya sea que se trate de la obra de Marx, el rostro del Che Guevara en remeras o la imagen de Diego Maradona recreada por inteligencia artificial en una publicidad de casas de apuestas. De acuerdo con el autor, se trata de una conversión general de prácticas y rituales en objetos puramente estéticos, dejando estas actividades y creaciones transformadas en artefactos o mercancías. Así, sostiene que el capital ha convertido el valor personal en valor de cambio, sustituyendo un sinfín de libertades particulares por una sola libertad espeluznante: la libertad de comercio (Fisher, 2018). Por lo tanto, la creación artística y la actividad improductiva corren peligro dentro de este marco, sin importar el carácter rebelde o la finalidad subversiva que una obra pueda tener. La habilidad del capitalismo para devorar y mercantilizar esto ha llevado incluso al establecimiento de zonas culturales pretendidamente alternativas o independientes, mediante la imposición de personalidades supuestamente rebeldes y confrontativas. Y aún, aunque efectivamente se tratase de figuras genuinamente subversivas, el realismo capitalista se encarga de, poco a poco, degradar y descontextualizar el carácter original de una creación, hasta hacerla una mercancía neutra y vendible.

El libro “Realismo Capitalista” de Fisher (2018) ubica como eje central la idea de que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Tal posibilidad es impedida por la habilidad misma del sistema de usar a su favor hasta aquello que surgió como subversión. Pero el autor también ubica como motivo la cuestión de la responsabilidad ética individual, el cada uno responsabilizarse de su propia existencia. El individuo aparece como responsable de los problemas que se le presentan en su existencia, haciéndose cargo de problemáticas que son estructurales, de los puntos donde el capitalismo muestra pequeñas fracturas. En este punto, la concepción de Fisher (2018) converge con los trabajos de los autores previamente citados. El individuo aparece como responsable de un vicio estructural, y, en tanto esta estructura permanezca, el vicio se reproducirá. Es así que, pese a que podamos identificar y cuestionar las problemáticas que este sistema acarrea, el autor no ofrece ninguna alternativa, llegando a sostener que el capitalismo es el único juego que podemos jugar.

Aprender otro juego

La obra de Fisher nos deja frente a un panorama desalentador, ante un sistema cuyo mecanismo lo hace capaz de servirse y utilizar a su favor movimientos, producciones y discursos que, justamente, lo cuestionan. Asimismo, atraviesa profundamente nuestra subjetividad, marcándonos lo indeseable de la actividad que no genera rendimientos, quitando el disfrute que debiera implicar el descanso, la contemplación, el no hacer nada. Crea en nosotros la convergencia de un amo, que exige despiadadamente, y un esclavo embotado, apático y ensimismado, que piensa suyos los mandatos que le han impuesto, que siente culpa por un crimen que no sólo no cometió, sino que ni siquiera es tal. Nos vemos compelidos a controlar nuestra cotidianidad, a medir nuestros tiempos de actividad, de descanso y de sueño, a evaluar nuestra actividad física en relación al rendimiento laboral que puede darnos.

Por tanto, ante el cuadro de situación descrito, surge el esperable interrogante acerca de qué hacer, qué posibilidades tenemos como sujetos habitantes de un tiempo y una cultura neoliberales. La pregunta es cómo hallar un espacio y un tiempo posibles para las actividades improductivas en el marco la exigencia de productividad que pretende colonizarlos y explotarlos.

Para ensayar una respuesta, es valioso tomar como punto de partida el planteo que realiza Graciela Montes (2017) a través de la conceptualización de una frontera indómita. La autora parte de una canción perteneciente a un juego infantil popular: juguemos en el bosque mientras el lobo no está. Esto marca la existencia de un lobo que acecha en la cercanía, cuya inmediata aparición marca el comienzo de la noche y del silenciamiento. Pero también nos indica la existencia del bosque, el sitio donde se puede estar, donde se juega, se comparte y se disfruta bajo los rayos del sol. Así, es en este bosque, donde podemos estar provisoriamente, donde podemos ser atravesados por un rayo de luz que precede a la noche, donde podemos jugar mientras el lobo todavía no está. Es en este espacio-tiempo donde tienen lugar todas las construcciones humanas, como el arte y la cultura. Es el lugar que le otorga sentido a nuestra existencia, el único margen donde realmente se puede ser libre, no obligado por demandas propias ni por límites de afuera (Montes, 2017). Sin embargo, este espacio, esta frontera, es un territorio en constante conquista. Nunca está conquistado del todo, siempre está en elaboración, en un permanente hacerse, motivo por el cual puede ensancharse o angostarse. Es por eso que la autora sostiene que, si este territorio se estrecha a un punto tal que nos resulte inhabitable, no nos queda más que la pura subjetividad y, por ende, la locura, o la mera acomodación al afuera, que es una forma de muerte. Por ello, debe

liberarse a esta frontera de todo aquello capaz de reducirla u obturarla, de las exigencias de funcionamiento, de productividad, de rendimiento. El esfuerzo debe correr en el sentido de sostener esta frontera en cuyo seno se realizan actividades que no sirven para saciar necesidades del yo, sino para modificar las condiciones del mundo exterior, sino que sólo le sirven a ella misma. El esfuerzo debe ser por mantener a esta frontera en su carácter de indómita.

Ahora bien, para que algo pueda ingresar en la frontera indómita, para mantenerla y, quizás, ensancharla, es necesario que se produzca una experiencia. Jorge Larrosa (2009) brinda una definición de la experiencia a través de tres términos: eso que me pasa. Esto implica que algo, como un acontecimiento o una situación, nos acontece, transformándonos, produciendo efectos en nosotros. A su vez, la experiencia requiere una postura de recepción activa, de permanecer permeables y abiertos a eso que nos atraviesa y nos cambia, y es aquí donde pueden encontrarse dificultades. El autor (Larrosa, 2009) advierte respecto a las dificultades que encontramos para tener experiencias en la actualidad. Permitir, dar lugar, otorgar tiempo a una experiencia transformadora es algo que resulta difícil en el ritmo de vida que se nos impone. La experiencia, en este sentido, es cada vez más rara por el exceso de información, por el gran cúmulo de estímulos que recibimos cada día a través de las redes sociales, las plataformas de streaming y contenido audiovisual y los medios de comunicación. La falta de tiempo, y la recriminación hacia uso que elegimos darle al tiempo libre (o tiempo muerto), al igual que el exceso de trabajo, también obstaculizan la posibilidad de la experiencia. Así, nuestro trabajo frente a la experiencia, y los factores que la impiden, consiste en detenerse, en parar a pensar, mirar y escuchar, y luego pensar, mirar y escuchar más despacio. Se trata de suspender el ritmo habitual de producción, consumo e información. También se trata de cultivar la atención, de estar presentes ante eso que ocurre, sin dispersar nuestra concentración y nuestra implicación con el acontecimiento. Por último, aceptar la vulnerabilidad, permitirnos ser afectados, dejarnos conmover ante la experiencia.

En este sentido, mantener y aumentar la amplitud de esta frontera indómita a través de dar lugar a la experiencia, coincide con lo que Erich Fromm (1978) denomina modo ser, en contraposición al modo tener. Se trata de dos modos fundamentales de existencia, dos tipos de orientación ante el mundo, los cuales determinan nuestros pensamientos y sentimientos. En el modo tener, nuestra relación con el mundo es de posesión y propiedad, anhelamos convertir todo el mundo en nuestra propiedad. Este es el modo propio de la cultura neoliberal, que supone como meta de la vida el tener cosas para gozarlas, por lo que debemos tener cada vez más. En cambio, el modo de ser consiste en una relación viva y auténtica con el mundo,

en encontrarse con otros y desplegar las propias capacidades. El autor retoma una concepción de Carl Marx, según la cual la meta de nuestra vida debería consistir no en tener mucho, sino en ser mucho. Es posible pensar esto a partir de la diferencia que se plasma en las frases “tengo conocimiento” y “conozco”. Tener conocimiento es tomar y conservar la posesión de un conocimiento disponible, disponer de él como información. Conocer implica apropiación, transformación, la posibilidad de hacer y ser algo distinto a partir de haber aprendido a través de una experiencia.

Por último, es posible enriquecer la respuesta hacia el interrogante planteado mediante la referencia a los derechos no jurídicos planteados por Marcelo Percia (2020). El autor hace hincapié en la necesidad de presentar algún tipo de resistencia frente a la servidumbre del capital y de la colonización de la subjetividad. Por ello, propone pensar que algún día existan una serie de derechos que nos asistan en este sentido. Entre ellos, podemos pensar el derecho a no ser, a que no carguemos con atribuciones o deberes que nos pesan; el derecho a la inconstancia, producto de la fragilidad de los sentimientos, de las afectividades que brotan a borbotones, resultado de los temores, los pudores, las ganas, los recuerdos dolorosos, las molestias y las vacilaciones; el derecho a las vidas desapropiadas, liberadas de todo gravamen que ose controlar el tiempo y emancipadas del rechazo a lo inapropiado, a lo que no se ajusta al patrón o a la demanda normalizadora; el derecho a jugar sin rigideces normativas, para vivir un juego sin otro fin que el de disfrutar, que comience y termine cuando queramos. Por último, el derecho a que no pase nada, al silencio, a la quietud, a la inactividad, a no atender pautas de rendimiento, progreso, objetivos y logros. A que estas se vean interrumpidas por las vicisitudes que implica la existencia, los cansancios, los duelos, las dudas, los excesos, los arrepentimientos, los desganos. En última instancia, un derecho a que no pase nada, y que en esa nada pueda acontecer lo más importante

De esta manera, las condiciones de posibilidad para el despliegue de una actividad no regida por la lógica económica propia del neoliberalismo serán posibles a partir de la defensa de la frontera indómita presente en cada uno de nosotros. Esto dependerá del grado de exposición que concedamos a que algo suceda, de la frecuencia con que podamos introducir un silencio en la partitura de la cotidianidad. Por supuesto, esto no será sin dificultades, más aún si consideramos la dificultad para mantener indómita una frontera cuando el día a día exprime cada gota de energía en nosotros, cuando la preocupación de fin de mes absorbe la totalidad de nuestra atención, o cuando todo el entorno es tan hostil que cualquier esfuerzo parece perder sentido (Montes, 2017). Sin embargo, es justamente esto, y no otra cosa, lo que indica lo necesario de la improductividad, lo fundamental de ser más y tener menos. La frontera

indómita puede oficiar como el último núcleo de resistencia ante el estrago que generan las exigencias del exterior.

Así, a pesar del carácter siempre perfectible del capitalismo, que tiende a absorber, devorar y utilizar cualquier elemento que se le presente, y del profundo atravesamiento de la lógica neoliberal en nosotros, es posible articular una propuesta, por insuficiente que sea, pues la única batalla que se pierde es la que no se da. Por tanto, este ensayo brinda como propuesta aprender a crear un detenimiento en el ritmo de la cotidianidad, para hacer algo sin ninguna otra finalidad más que la de hacerlo. Seguir jugando a un deporte colectivo, realizado en la más penosa y mínima expresión, acompañado de otros, y sin otro afán que el de ganar un trofeo invisible, cuyo valor radica en otorgar un derecho al chiste y a la burla amistosa ante el rival. Crear arte que no sirva para nada y que, debido a las escasas evidencias de algún don artístico por parte de su creador, sea impensable la posibilidad de alguna vez comercializarlo. Compartir interpretaciones musicales cuyos oyentes disfruten más con el volumen silenciado, pero realizadas con una pasión que sólo es posible de parte de alguien que ama lo que hace. Leer y disfrutar de la literatura en sí misma, sin pretender extraer de allí algo útil, aprender una habilidad u obtener conocimiento acerca de algo, a pesar de que esto pueda ocurrir fortuitamente. Gastar tiempo, dinero y energías en seguir a los once millonarios que corren detrás de un esférico defendiendo los colores de ese equipo que genera en nosotros alegría, tristeza y enojo de manera desmedida. En suma, se trata de aprender a aprovechar las ocasiones en que el lobo se demore en llegar, para jugar, crear y vivir (en el sentido más pleno de esta palabra), por más breve que sea este tiempo y sabiendo que, al fin y al cabo, el lobo inevitablemente vendrá.

Referencias bibliográficas

Alemán, J. (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Grama.

Becker, G. S. (1993). *Human capital: A theoretical and empirical analysis with special reference to education* (3rd ed.). University of Chicago Press. (Trabajo original publicado en 1964).

Cardozo, M. [@matiasscardozo_]. (2024, 06 de junio). *NO DUERMAS 8 HORAS DIARIAS* [Video]. TikTok. https://www.tiktok.com/@matiasscardozo_/video/7376834794258205958

Cardozo, M. [@matiasxm1llon]. (2025, 17 de octubre). *Confía en el proceso y nunca abandones* [Video]. TikTok. https://www.tiktok.com/@matiasxm1llon/video/7562043425420315960

Fisher, M. (2018). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Caja Negra.

Freud, S. (1991). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras completas* (Vol. 12, pp. 217–231). Amorrortu.

Freud, S. (1992). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (Vol. 21, pp. 57–141). Amorrortu.

Freud, S. (1992). Introducción del narcisismo. En *Obras completas* (Vol. 14, pp. 65–98). Amorrortu.

Fromm, E. (1978). *¿Tener o ser?* Fondo de Cultura Económica.

Green, P. [Pablo Green]. (2015, 6 de septiembre). *Spinetta en Ceamc 4* [Archivo de video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=u9Og-Ro7FII

Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica*. Herder.

Han, B.-C. (2023). *Vida contemplativa*. Debate.

Lacan, J. (1993). *Televisión*. En *Psicoanálisis: Radiofonía y televisión* (3.ª ed., pp. 74–130). Anagrama.

Lacan, J. (2006). *El seminario, libro 23: El sinthome*. Paidós.

Larrosa, J. (2009). Experiencia y alteridad en educación. En C. Skliar y J. Larrosa (Comps.), *Experiencia y alteridad en educación* (pp. 13–44). Homo Sapiens Ediciones.

Laval, C., & Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo*. Gedisa.

Lladós, A. [@bautistaverdon]. (2024, 23 de enero). *Llados y la gente pobre...* [Video]. TikTok. https://www.tiktok.com/@bautista.verdon/video/7327319659928227078

Lladós, A. [@emprendedor984]. (2026, 7 de marzo). *Trabaja en ti mismo #llados #desarrollopersonal* [Video]. TikTok. https://www.tiktok.com/@emprendedor984/video/7614403128695213319

Lladós, A. [@lladoxchamp]. (2026, 16 de febrero). *No eres capaz ni de invertir en ti mismo #lladosuniversity* [Video]. TikTok. https://www.tiktok.com/@lladoxchamp/video/7607561402349374751

Lladós, A. [@emprendedor984]. (2026, 15 de mayo). *Elimina todas las distracciones al máximo #lladosuniversity* [Video]. TikTok. https://www.tiktok.com/@emprendedor984/video/7639987771771309319

Miller, J.-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Paidós.

Miller, J.-A. (2012). *Conferencias porteñas. Tomo 1*. Paidós.

Mises, L. von. (1968). *La acción humana: Tratado de economía* (2.ª ed.). Editorial SOPEC. (Trabajo original publicado en 1949).

Montes, G. (2017). *La frontera indómita: En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. Fondo de Cultura Económica.

Nepomiachi, E., & Sosa, M. (2015). Un fantasma actual. Notas para una aproximación a la figura del "empresario de sí". *Diferencia(s). Revista de Teoría Social Contemporánea, 1*(1), 107–124.

Percia, M. (2020). Derechos. En *Sensibilidades en tiempos de hablas del capital*. Ediciones La Cebra.

Schultz, T. W. (1959). Investment in man: An economist's view. *Social Service Review, 33*(2), 109–117.

Sibilia, P. (2008). El show del yo. En *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica.

Spinetta, L. A. (1982). Barro tal vez [Canción]. En *Kamikaze*. BMG.

Thatcher, M. (1981). *Interview for Sunday Times*. Margaret Thatcher Foundation. https://www.margaretthatcher.org/document/104475